


EL VIAJE DE LOS SUEÑOS

ARIEL LAWHON



PLAZA  JANÉS

El viaje de los sueños

Un retrato cercano y apasionado de los verdaderos pasajeros del último vuelo del Hindenburg. Atrás dejaron una tormenta en ciernes en Europa y delante de ellos se vislumbraba un desastre. Pero, mientras tanto, sobrevolaron el Atlántico, ajenos al inexorable y trágico destino que les esperaba.

En la tarde del **3 de mayo de 1937** noventa y siete personas se embarcaron en el *Hindenburg* para su vuelo con destino a Lakehurst, New Jersey. Entre ellas se encontraban la asustada azafata que no era lo que aparentaba, el resuelto piloto decidido a conquistar su corazón, el ingenuo ayudante de cabina deseoso de mantener el puesto en el mayor zepelín del mundo, el impetuoso periodista que figuraba en la lista negra en su Alemania natal y el enigmático hombre de negocios americano con afán de venganza.

En el transcurso de tres días, confusos debido a la cantidad ingerida de champán, descubrimos sus mentiras, sus miedos, sus intenciones ocultas y sus esperanzas para el futuro.

¿Quién será capaz de destruir el Hindenburg? ¿Y cómo?

Si te emocionaste con *Titanic*, prepárate para un viaje por las nubes repleto de intrigas, secretos, amor y un trágico final.

«Esta novela sorprende con una extraordinaria e intensa intriga que deja al lector hipnotizado.»

The New York Times Book Review

«Un libro fascinante y emocionante...»

People Magazine

«Una gran novela al estilo de Agatha Christie.»

Kirkus Reviews

Traducción de
Matuca Fernández de Villavicencio

PLAZA  JANÉS

*Para Ashley, mi marido, que me ha enseñado
el significado del amor desinteresado.*

También para Marybeth. Ahora estamos en paz.

*Y a la memoria de mi querida abuela, Mary Ellen Storrs.
Nunca se me ocurrió preguntarle si recordaba
el Hindenburg hasta que fue demasiado tarde.*

Amar es ser vulnerable. Ama, no importa qué, y además de retorcerte el corazón, posiblemente te lo romperán.

C. S. LEWIS, *Los cuatro amores*

COMISIÓN INVESTIGADORA DEL DEPARTAMENTO
DE COMERCIO DE ESTADOS UNIDOS
COMPARECENCIAS POR EL ACCIDENTE
DEL HINDENBURG

10 de mayo de 1937

Base Aérea de la Marina, Hangar Central, Lakehurst, New
Jersey

Ruego comuniquen a la compañía Zeppelin de Frankfurt que debería abrir y examinar toda la correspondencia previamente a su embarque antes de cada vuelo del zepelín *Hindenburg*. El dirigible será destruido por una bomba de relojería durante uno de sus vuelos internacionales.

Carta de Kathie Rusch, de Milwaukee,
a la embajada alemana en Washington D.C.,
fecha da el 8 de abril de 1937

—No era la primera amenaza de bomba, ¿no es cierto?
—El hombre de las gafas de montura negra levanta la carta y la agita ante la multitud—. ¿Se molestó alguien en contar

cuántas había? ¿O, por el amor de Dios, en darles alguna credibilidad?

Max cree recordar que el apellido del hombre es Schroeder, pero no está seguro, y en realidad tampoco le importa. Es un idiota si hace caso a esa chiflada de Milwaukee y da credibilidad a su carta. Claro que a ninguno de los presentes en la sala le interesa el discreto escarnio de Max. La gente murmura y asiente con la cabeza, como si fueran estúpidas marionetas, ante la idea de un sabotaje. Examinen la correspondencia, decía la mujer. Hay una bomba a bordo. Esa es una teoría popular, sobre todo ahora, con los restos del dirigible todavía esparcidos ahí fuera, sobre la pista. Pero a nadie le importa la verdad. Prefieren el teatro y las teorías conspirativas. Y Schroeder está dispuesto a proporcionárselas. Él es el director de este circo y se asegurará de mantener entretenido al populacho.

Wilhelm Balla se abre paso hasta él renqueando por el abarrotado hangar. Escapó del accidente con un esguince de tobillo y poco más, pero Max sospecha que hasta en eso exagera. En cada paso se tuerce visiblemente hacia la izquierda para alardear. Para que el mundo sepa que está herido.

Balla escudriña el rostro de Max en busca de alguna pista sobre su estado emocional.

—¿Emilie? —le pregunta.

—¿Qué pasa con Emilie?

—¿Está preparada para volver a Alemania?

Max dirige su atención hacia el espectáculo que tiene lugar en la parte delantera de la sala.

—No he preguntado.

—Avísame cuando lo esté. Me gustaría despedirme. —
Carraspea—. Me han reservado un pasaje en el *Europe* con
Werner para el día 15. ¿Cómo volverá ella a casa?

—En el *Hamburg*, con los demás. Zarpa dentro de tres
días.

Wilhelm Balla es un hombre poco dado a mostrar sus
emociones. Hay quien incluso se pregunta si tiene pulso.
Pero esto lo sorprende.

—¿No viajas con ella?

Max apoya la cabeza en la ventana. El frío cristal mitiga li-
geramente el martilleo que siente en la sien. No ha conse-
guido quitarse de encima esta jaqueca palpitante desde el
accidente. Aunque bien mirado, es comprensible.

—Hay muchas cosas que están fuera de mi control, entre
ellas cuándo viajar. —Golpetea con la yema del dedo el so-
bre que tiene en el bolsillo—. No me toca declarar hasta el
día 19. Cogeré el *Bremen* al día siguiente.

Balla le clava esa mirada lenta, escrutadora, que tanto le
molesta.

—¿Cuántas veces has leído la carta de Emilie?

—Con una tuve suficiente.

Es mentira, pero no le apetece confiarse a él. No des-
pués de los problemas que causó.

Desde su lugar junto a la ventana, Max puede ver la pista
y el esqueleto carbonizado que yace retorcido al lado del
mástil de anclaje. Cierra los ojos e intenta apartar esa visión
de su cabeza, pero es inútil. Las imágenes están ahí, y sabe
que seguirán ahí el resto de su vida: una lengua de fuego
azul lamiendo el espinazo del *Hindenburg*, un estremeci-
miento de piel plateada seguido de un temblor de huesos

metálicos, un destello apenas visible para quienes estaban en tierra. Confusión. Está convencido de que los pasajeros que estaban lo bastante cerca para ver la explosión no llegaron a oírla. Simplemente fueron devorados por el fuego mientras la columna de la gran bestia flotante se partía en dos. Treinta y cuatro segundos de llamas devastadoras y a continuación la destrucción completa, profunda. En medio minuto el dirigible pasó de ser un hotel de lujo flotante a un amasijo de hierros humeante, un esqueleto que yace desplomado sobre este campo de New Jersey, ennegrecido por el humo y las llamas. No, hay cosas que nunca podrá olvidar.

Las comparecencias ya han comenzado. Habrá testimonios. Periodistas y *flashes*. Una clase diferente de caos y un intento desesperado de entender por qué. Habrá disputas políticas. Titulares vociferando sus teorías en negrita y acompañadas de signos de exclamación para darles énfasis. ¡ACCIDENTE! ¡SABOTAJE! Dedos señalando en todas direcciones y, por supuesto, los rumores sutiles, insinuantes. Las vagas atribuciones de culpa. Max se pregunta si sus nombres y sus caras se olvidarán cuando esos titulares sean reemplazados por una nueva tragedia. ¿Se acordará alguien de los detalles de las personas que cayeron del cielo hace solo cuatro días? El acróbata de vodevil. El grumete. Los periodistas. Una heredera americana. El comerciante de algodón alemán y el distribuidor de alimentación judío. Una joven familia de expatriados alemanes que vivía en Ciudad de México. Cocineros y mecánicos. Fotógrafos y oficiales. El comandante y su tripulación. Un pequeño ejército de camareros y Emilie, la única camarera. Ancianos

y niños. Mujeres maduras y una muchacha de catorce años que quería a su padre por encima de todas las cosas. ¿Se acordará alguien de ellos?

Los burócratas miden las pérdidas con símbolos de dólar y contención de daños. Ya han empezado. En el hangar no cabe un alfiler. Pero Max sabe que él siempre medirá el coste por la pérdida de vidas humanas. También sabe que dentro de nueve días, cuando le llegue la hora de sentarse en esa silla y declarar, no contará la verdad. Clavará la mirada en algún punto de la pared del fondo, justo por encima del hombro de Schroeder, y contará la mentira que ya ha elegido. Es la única manera de proteger a Emilie. Y a los demás. Max Zabel jurará ante Dios y ante este comité que fue un vuelo sin incidentes.

PRIMER DÍA

LUNES, 3 DE MAYO DE 1937 – 18.16 H,
HORA DE CENTRO EUROPA

FRANKFURT, ALEMANIA

TRES DÍAS, SEIS HORAS Y OCHO MINUTOS
PARA LA EXPLOSIÓN

Este es el sueño del hombre desde hace muchas, muchas generaciones. No el avión, ni el hidrosco-pio. El hombre sueña con una aeronave inmensa y elegante que se eleve con delicadeza del suelo y surque sosegadamente los cielos. Ha llegado, es un éxito completo y su belleza es sobrecogedora.

Akron Beacon Journal

LA CAMARERA

—¿No te parece una mala idea encender una cerilla aquí? —pregunta Emilie mientras sostiene la puerta de la cocina con el pie—. Podríamos salir todos volando.

Xaver Maier, de solo veinticinco años, es joven para ser el jefe de cocina, pero lleva su planchado uniforme —chaqueta cruzada de color blanco y pantalón de cuadritos— con aire de autoridad. Tiene el delantal almidonado elegantemente atado a la cintura y el gorro bien ceñido a la cabeza. Mira a Emilie con esa sonrisita arrogante a la que ella ha acabado por tomar cariño a regañadientes y se lleva el cigarrillo a los labios. Da una calada, tan profunda que se le hincha el pecho, y lanza el humo al aire cálido de mayo a través de la ventana abierta de la cocina.

—Ventilación, cielo. Es todo cuestión de ventilación.

La manera en que pronuncia esa palabra, la forma en que la mantiene en la boca, sugiere claramente otras cosas, y Emilie lo rechaza con una carcajada. Xaver Maier es mucho más joven que ella y demasiado engréido.

—En estos momentos, cielo —responde ella—, es cuestión de aspirinas. Necesito dos. Y un vaso de agua, si puede ser.

La cocina es pequeña, pero está bien organizada, y los ayudantes de Xaver están ocupados troceando, hirviendo y cocinando en su jugo los alimentos que se servirán en la ce-

na. Como un coronel dirigiendo a sus soldados, el jefe de cocina está plantado en medio de la refriega, pendiente de cada uno de sus movimientos.

—¿Fingiendo una jaqueca? —pregunta—. Pobre Max. Pensaba que por fin te habías dejado camelar. Hemos hecho nuestras apuestas, ¿sabes?

—Para el carro. —Abre un cajón y hurga en su contenido. Ha dejado perfectamente claro que toda conversación referente a Max es terreno prohibido. Tomará una decisión cuando esté preparada—. Ayer fui al dentista y siento como si se me fuera a caer el lado izquierdo de la mandíbula.

Deja el cajón abierto y pasa al siguiente.

—Por lo general, cuando una mujer me dice que le duele la mandíbula, le pido disculpas.

Emilie abre un tercer cajón. Y un cuarto. Cierra este último con vehemencia.

—Me puso un empaste. —Comienza a impacientarse. Y a enfadarse—. ¿Y las aspirinas? Sé que las guardas por aquí.

Él la sigue cerrando cajones.

—Ya basta. Eres peor que la *verdammt*[1] Gestapo.

—¿Qué? —Emilie levanta la vista.

Xaver alarga el brazo por detrás de su cabeza y abre la puerta de un armario poco profundo atornillado al techo. Saca un bote de aspirinas, pero no se lo ofrece.

—Me alegra comprobar que no estás al tanto de todo lo que ocurre en este dirigible. —Se da golpecitos con el bote en la palma de la mano y los comprimidos se agitan dentro con un repiqueteo metálico—. Aún es posible guardar secretos.

—Tú no puedes ocultarme nada. —Alarga la mano—. Dos aspirinas y un vaso de agua. ¿Qué Gestapo?

Él cuenta las pastillas como si estuviera pagando una deuda.

—Se presentaron aquí por lo de las amenazas de bomba. Quince de ellos con sus *verdammte* uniformes grises.

—¿Cuándo?

Ella coge un vaso del escurridor que hay sobre el fregadero y lo llena de agua tibia. Se toma las aspirinas de un solo trago.

—Ayer. Registraron el dirigible entero. Tardaron casi tres horas. Tuve que bajar con los oficiales a la pasarela de la quilla y llevarlos a la despensa. Los muy cabrones abrieron hasta la última lata de caviar, hasta la última rueda de Camembert curado, y no creas que no probaron todo lo que pudieron encontrar. Dijeron que buscaban explosivos. Me he pasado la noche intentando encontrar repuestos. —El jefe de cocina se interrumpe para dar una calada larga y calmante a su pitillo—. Y te aseguro que a ese proveedor con cara de sapo de Bockenheim no le hizo ninguna gracia que lo despertara en mitad de la noche para servir un pedido de paté de oca.

Por supuesto que Emilie ha oído hablar de las amenazas de bomba; todos han oído hablar de ellas. Las medidas de seguridad se han reforzado. Esta tarde le registraron el equipaje antes de dejarla entrar en el aeródromo. En su opinión la idea es absurda, imposible. Pero dicen que así es la vida en la nueva Alemania. Un gobierno de gatillo fácil, receloso de todos, independientemente de la ciudadanía. No, de la ciudadanía, no, se corrige, de la raza.